



BIBLIOTECA  
N.º 3305

R.3305



REVISTA DE CIENCIAS, ADMINISTRACION, BELLAS ARTES Y POLÍTICA.

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 18 Y 28 DE CADA MES.

03 JUL 2008

Año I.

Madrid 8 de enero de 1883.

Núm. 1.º

REDACCION Y ADMINISTRACION: RUIZ, 18.

SUMARIO

Lo que nos proponemos, por D. Jesús Pando y Valle.—*Revista extranjera*, por D. Antonio Balbin de Unquera.—*Aclimatacion y colonizacion*, por D. Ramon Lobo y Regidor.—*Flaquezas de la Hacienda*, por P. Solis.—*Estudios administrativos*, por J. Cervera Bachiller.—*Cuestiones filipinas*, por D. Tomás del Rosario.—*La riqueza y las obras públicas*, por R. Vega Armentero.—*Abismo*, por D. Ventura Ruiz Aguilera.—*Al insigne patricio Don Agustín Argüelles*, por F. Aramburu y Zuloaga.—*Los polvos de arroz*, por D. Ramiro Blanco.—*Beauchamp*, traduccion de D. Juan Andrés Topete.—*Noticias*.—*Advertencia*.

LO QUE NOS PROPONEMOS

La publicacion de un nuevo periódico, si ha de llenar altos y serios fines, no es un suceso insignificante, es un acontecimiento trascendental, es como la inauguracion de un monumento levantado á la ciencia, al arte, á la industria y á todas las manifestaciones del saber.

Pero si esto se ha de conseguir, es preciso que aquel no venga á aumentar el número de los periódicos que, con fines más ó ménos personales, continuamente ven la luz pública, y que se inspire en la rectitud y grandeza de la ciencia, instruyendo al pueblo, haciéndole sentir el beneficio de la ilustracion, y proporcionándole el sabroso fruto que la misma produce; aspiraciones las más legítimas del progreso.

Muchos son los diarios y revistas que se publican en España, cumpliendo en su mayoría tan elevados fines; pero no existen, á nuestro juicio, los suficientes para alcanzar lo que en primer término se propone Los Dos MUNDOS; esto es, la defensa de los intereses generales de nuestras provincias de Ultramar, para las cuales reclamaremos cuantas mejoras necesiten, proporcionándoles el apoyo que por sus circunstancias excepcionales merecen.

Tampoco tienen aquí las demás provin-

cias órganos especiales que fomenten el adelanto científico, literario y material de las mismas. Por lo mismo queremos dedicarnos á esto con especialidad, sin perjuicio de estudiar, cuando las circunstancias lo requieran, los problemas generales de la ciencia, de la administracion, del arte, de la industria y de la política, si bien de la última no trataremos por ahora, aunque para ello estamos autorizados, pues es campo muy lleno de aventureros y peligroso caminar por él.

Será, pues, *nuestro programa* reclamar para Cuba, Puerto-Rico y Filipinas la posible igualdad de derechos con las demás provincias españolas; contribuir con todas nuestras fuerzas al fomento de los intereses generales de la patria, y hacer cuanto sea preciso para extender en ella los progresos del extranjero, y dar tambien á las demas naciones del antiguo y nuevo continente idea de nuestros adelantos.

Para ello nada escasearemos, pues no hay sentimiento más hermoso y más grande que contribuir al mejoramiento social, ni hay placeres que superen al del estudio y al de contribuir al bien de la humanidad.

Por la Redaccion,  
JESÚS PANDO Y VALLE.

REVISTA EXTRANJERA

Comenzamos nuestras revistas de Los Dos Mundos con un epitafio, sin que por eso se haya de reputar de mal agüero. La república llora uno de sus partidarios; pero lo que es aún más triste, Francia acaba de perder en Gambetta á uno de los hombres que han presidido á su regeneracion despues de una de las más terribles crisis de su larga historia. No es de extrañar que su duelo sea más largo y más profundo que el del vencido de Sedan, á quien no representó el águila en los funerales volando desde la pira hasta el cielo, sino arrastrándose avergonzada

desde el campo de batalla hasta esa tierra de Albion, que tan bien ganado tiene el título de cuna de la libertad como el de tumba de los Bonapartes.

No há mucho tiempo celebraba París las exequias de Luis Blanc, el republicano de 1848; para llorarlos y cantarlos á todos queda Víctor Hugo con la llama del genio en la frente, el perdon en los labios y en la diestra el cetro de la poesia; Nestor por doble concepto: por la edad y por la influencia en la república literaria.

Cuando los hombres mueren, quedan las instituciones; y si estas faltan, el país las sobrevive; y Francia, á pesar de todos sus errores, á pesar de sus siglos xvii y xviii, tan fatales para Europa en general y para nuestra patria, como lo ha sido el xix para ella misma, no puede faltar del mapa continental sin que un negro crespon, como el que cubre el retrato del marino Faliero en la galería de los Dux de Venecia, cubra el sitio en que unas veces alimentó á los demás pueblos con su calor ó los deslumbró con su grandeza.

Su constante adversaria de más allá del estrecho decae segun unos, y segun otros se engrandece; pero ¿quién podrá negar la firmeza, la estabilidad de su constitucion, tan parecida á la clásica de la república romana? Como las luchas de patricios y plebeyos en ésta, son en aquella las de ingleses é irlandeses; en orgullo los unos y en pobreza los otros no son inferiores á los que contaban iguales glorias y sentian los mismos descalabros en la ciudad de las siete colinas. Las contiendas de la antigüedad tuvieron fin; ¿no lo tendrán los de la edad presente? La cuestion de supremacia y la de propiedad rural agriáronse en aquellos tiempos como en los nuestros; á los grandes políticos toca ir suavizando las asperezas de tan terribles problemas y asentar sobre la base de la libertad el orden, demostrando que no en vano han luchado y vencido juntos durante siglos los convertidos al cristianismo por San Agustín y los hijos de San Patricio.

Pero no, no decae Inglaterra mientras no renuncie al dominio del mar, como no podia ser vencido Anteo mientras tocase con sus miem-

bros la tierra de Libia. Ayer mismo se estableció en Chipre, teniendo una escala más en ese mar que dijeron suyo los latinos, y del que se va desterrando á sus descendientes; hoy ejerce la Gran Bretaña en la tierra de los Faraones una supremacía que no se explica fácilmente más que por la decadencia de los franceses. Los modernos enemigos de los ingleses, Arabi y Cetiwayo, no pueden como los de otros días quejarse de sus vencedores. El primero al salir desterrado de Egipto para el Cabo de Buena-Esperanza, en cuyo nombre puede hallar un feliz agüero, y el segundo al ser restituido á su país, no hablarán de la pérvida Albion como tantos han hablado en nuestro siglo. Entretanto el khedive sigue dominado por el embajador Dufferin, por el cónsul Malet, sigue representando su papel de soberano nominal, y como los reyes constitucionales de otras partes, puede asegurar con plenitud de razon que reina y no gobierna.

Y en verdad que estaba reservado á nuestros días y á las complicaciones y extrañezas de nuestra moderna política hacer de la Hacienda de un país el vínculo de sujecion á otro. Dícese que Francia, la patria de Lesseps, tendrá que acceder á las proposiciones de Inglaterra para que su intervencion en las operaciones de la Hacienda egipcia sea tan nominal como la soberanía del khedive, á cuya cesion de derechos, ó renuncia de ambiciones, contribuirá no poco la cuestion suscitada en Madagascar, donde tambien se abre otro campo de batalla á las dos naciones rivales. Todas son nubes en el horizonte político; pero todo hace creer tambien que no producirán tempestad, á pesar de lo prolongado y fuerte del amago.

Harto sufrirá Inglaterra con los irlandeses y Francia con los socialistas, con los planes de Krapotkine, Reclus y otros, con la exacerbacion de los odios que no quieren olvidar los partidarios de dos dinastías caídas, para que no traten de conjurar en el exterior los peligros de la guerra, ya miren por su propio interés, ya por todos los de la comunidad europea.

De un extremo á otro de Europa continúan en marcha triunfal las predicaciones socialistas. La Internacional, semejante al Guadiana, corre ahora por bajo de tierra para salir algun día, quizá no lejano, á producir perturbaciones sin cuento. La tentativa de Monceau-les-mines, de que todavía entienden los tribunales, es tan sólo un volcan encendido en la carrera de los socialistas. Los gobiernos al parecer mejor asentados temen, como los constituidos ayer y quizá más, porque se creen más perseguidos que los nuevos. Los *nihilistas* de Rusia no están solos en ese campo de batalla, ni los desgraciados judíos son las únicas víctimas de las persecuciones públicas en nuestro siglo. ¿Qué hará entretanto el recién constituido imperio de Alemania, que se parece al antiguo de Alejandro en ser la obra de un hombre, y al que sólo falta alcanzar tan poca duracion como el de Macedonia para completar su parecido? Pobre Alemania si sólo ha de tener paz y prosperidad mientras los laureles de Guillermo y la política de Bismark sostengan su majestuoso poderío. Por más que los pueblos de raza germánica contribuyan á mantener el imperio, la Alsacia-Lorena, los antiguos ducados daneses y el de Posen, son partes del imperio sobrado semejantes á varias del Austria para que se entreguen el emperador y el ministro á una excesiva confianza que pudiera serles muy perjudicial en las actuales circunstancias del continente.

La *Santa Rusia*, cuyos ideales como pueblo, así en el interior como en el extranjero han sufrido recientes desengaños, se prepara tambien á grandes sucesos. El Czar no recibe ante los al-

tares la corona que la sangrienta catástrofe de Alejandro II ha puesto sobre sus sienes. Más que temia César el paso del Rubicon, teme la vía á Moscow Alejandro III. Soberano y ministros nuevos no pueden contrarestar las ya antiguas tendencias del puebló, que desfoga sus iras sobre los judíos y les hace pagar los pecados, no de Israel, sino de los antiguos poderes de los autócratas y de los hoyardos. Y en tanto los nuevos pueblos que aparecen como satélites del gran astro, búlgaros, rumanos y griegos, se hallan en expectativa de esos grandes acontecimientos que no pueden tardar mucho y que han de transformar el aspecto de la Europa occidental, que iba pareciéndose demasiado á China en su estacionamiento.

Nuevos síntomas de inevitable descomposicion en el imperio turco, donde la media luna decae visiblemente. Los sultanes se mudan en nuestra edad con tanta frecuencia como los beyes de las regencias berberiscas. Una fatalidad, que tal vez no merezcan los actuales políticos y gobernantes de Turquía, pesa sobre el imperio en otro tiempo destrozado por los genizaros, pretorianos de nuevo cuño, tan fatales como los antiguos á la conservacion de la monarquía. Minado hace mucho tiempo, no por fuerzas interiores, sino por la influencia extranjera, rusa, francesa ó inglesa, sin fuerzas para sufrir la gran transformacion que á todos los pueblos y razas impone el presente siglo, con veleidades de constitucional y achaques de arbitrario y despótico, contando cada diez años un incendio en Constantinopla y la independencia de una de sus antiguas provincias, no puede tardar mucho, y de ello tiene pleno convencimiento, el día de la completa ruina. ¿Quién creería que el Japon cuenta relativamente á su anterior estado mayores progresos que la herencia de los osmanlíes?

Las últimas noticias nos hablan de un proyecto de constitucion para Turquía. ¿Será que los pueblos solamente piensan en esto cuando se hallan al borde del precipicio? No será este el primer ensayo de los turcos; pero no se desalienten, porque más vale tardar en la redaccion del código fundamental tanto como ellos tardan, que hacer y deshacer constituciones, como los estados que de mayor civilizacion se precian.

Constantinopla nos recuerda á Roma como el eco hace pensar en el sonido. Hace algunos años que ocupa el trono pontificio el gran político Leon XIII, cuyo reinado se distinguió desde los primeros días, no por la represion erigida en sistema por Gregorio XVI ni por la benevolencia de Pio IX, sino por el concienzudo estudio y exacto conocimiento de los asuntos diplomáticos y de los más secretos móviles que dirigen la accion de los diferentes gobiernos. Prusia ó Alemania, como quiera que se nombre, mandando un representante á la Santa Sede, Bismark entrando en largas negociaciones con los cardenales Nina y con Jacobini, inauguraron un período de tolerancia, que si bien más se funda en razones políticas que en motivos de religion, no por eso deja de tener altísima significacion para el que recuerde cómo el hermano de Guillermo, último rey de Prusia, trató á los católicos en las provincias del Rhin durante muchos años. Al mismo tiempo que se activaban las obras de la catedral de Colonia, hasta llegar en nuestros días á darles feliz remate, se vulneraban las conciencias de los católicos, se les vejaba en sus personas y en sus bienes, y se reproducian escenas dignas de los primeros años del protestantismo. Mas hoy reconoce Alemania que entre todos los poderes morales el más alto es el de los Pontífices, colocado como un pararrayos sobre todas las potestades de la tierra; que aunque no tuviese en favor de su conservacion promesas consigna-

das en el Evangelio, cuenta con la historia de diez y nueve siglos para demostrar que con poder temporal ó sin él, árbitro de Europa ó teniendo que consentir á su lado al emperador de Alemania, al senado romano ó al rey de Italia, como soberanos de la ciudad en que reside, ejerce siempre sobre las almas un dominio que los más poderosos monarcas ni aun con ejércitos de millones de hombres y millares de individuos de policía, y destierros, y cárceles, y patíbulos, apénas pueden ejercer sobre los cuerpos.

Europa debe mirar en Leon XIII el árbitro supremo de los conflictos modernos que no puedan decidirse por las armas y hayan de superarse á la razon y al derecho. Y la posteridad no le reconocerá tan sólo en la intencion, sino en la experiencia de los hechos, el dictado de gran político. Ultimamente en su encíclica *Cum multa sint*, nos ha dado una prueba del interés y pastoral solicitud con que mira los asuntos de España, hoy que entre tantos fenómenos dignos de estudio como nuestro país ofrece á los pensadores ha tratado de reunir las opiniones de algunos católicos, no muy edificantes con su conducta al tratarse de las delicadas é indefectibles relaciones entre la religion y la política. ¡Que la voz del padre y del maestro, que los saludables consejos del Pontífice sean, como merecen, acogidos por los fieles, católicos ántes que políticos, y amantes del bien de la patria sobre todo interés de partido!

El año cuyo principio acabamos de registrar está destinado tal vez á presenciar alguna guerra. Austria, Alemania y Rusia se miran con algun recelo y prosiguen negociaciones cuyo resultado será muy próximo. Las cuestiones relativas á la navegacion del Danubio, esa gran arteria europea, de la que se ha dicho que arrastra en su corriente intereses católicos, protestantes y mahometanos, se resolverán en un congreso á cuyas deliberaciones deben concurrir las potencias que han tenido mayor intervencion en la última fase de la interminable cuestion de Oriente. Se ha dicho que al finar el siglo XIX el aspecto jurídico habrá de prevalecer sobre el de la fuerza en el arreglo de los conflictos europeos, como aspiracion á verdad; pero no creemos ser falsos profetas si aseguramos que no lo será como hecho. Muchos grandes filósofos y publicistas han de enarbolar de nuevo la bandera de paz universal, sostenida por Saint-Pierre, Kant y Rousseau, ántes de que tan glorioso ideal se realice. La civilizacion actual parece que puede repetir aquellas grandes palabras: *Non veni mittere pacem, sed gladium*; pero ¡en qué diverso sentido del en que el Salvador las pronunciara! Crezcan enhorabuena todos los intereses temporales que puedan dificultar más cada día las guerras; crezcan hasta sobreponerse á los caprichos, tanto de los soberanos como de los pueblos, que tambien estos como aquellos suelen convertirlos en leyes; pero no se olvide que uno es el terreno del derecho y otro el de la conveniencia, y que de aquel principio nace la paz duradera y de éste las treguas más ó ménos dilatadas en verdad, pero que al fin no pasan de treguas. Watterlloo, Leipsik, Sadowa, Villafranca, Sedan en el continente, y en la mar Trafalgar, Navarino, Lissa, son deplorables y sangrientas jornadas de esta civilizacion que se dice triunfante; todas, soluciones de fuerza aun tratándose algunas veces de causas de evidente justicia; el verdadero propósito de la política en el porvenir, como en nuestros días, no es otro que hacer bajar entre los contendientes, en vez del rayo de luz que descendía del cielo para que se viesen y se diesen muerte los héroes de Homero, el principio del derecho, cuyo reinado producirá la extincion de la guerra, y por medios, tal vez hoy